

Relevancia de Foucault para la Psicología

Juan Pastor
Universidad de Oviedo

En este artículo trataremos de acercarnos a uno de los pensadores más notables e influyentes del pasado siglo: Michel Foucault, filósofo, psicólogo y profesor universitario. Michel Foucault es un personaje ciertamente poliédrico: historiador (de la locura, de la clínica, de la prisión, de la sexualidad), arqueólogo (del saber), analista (del discurso y de las relaciones de poder), psicólogo interesado en la genealogía de la subjetividad moderna y filósofo (del poder y del sujeto). El objetivo de este artículo es presentar algunas claves para utilizar la obra de Michel Foucault para una problematización de la Psicología.

Foucault's relevance for Psychology. In this article, we will attempt to address one of the most outstanding and influential thinkers of the past century: Michel Foucault, Philosopher, Psychologist, and above all (university) Professor. Michel Foucault is certainly versatile: Historian (of madness, clinical practice, imprisonment and sexuality), Archaeologist (of knowledge), Analyst (of discourse and power relations), Psychologist (genealogy of subjectivity) and Philosopher (of power and the subject). With this article, we eventually expect to offer some clues to be able to use the work of Michel Foucault for the problematization of Psychology.

Este año se cumplen veinticinco de la muerte del psicólogo y filósofo francés Michel Foucault, cuya obra nos sigue interpelando, nos sigue obligando a repensar nuestra relación con el saber, con el poder, con los otros y con nosotros mismos. Con este trabajo pretendemos ofrecer una síntesis de un autor fundamental para una problematización de la Psicología, un saber vinculado al poder (conducción de conductas) y al sujeto (psicológico).

Las historias de Foucault

Foucault no hace historia; Foucault utiliza la historia para contar sus propias historias. Foucault no es historiador; Foucault escribe historias. Y todas sus historias comienzan igual: esta experiencia (la enfermedad mental, la delincuencia, la sexualidad o nuestra subjetividad) no es un universal antropológico sino un «invento reciente». Tras analizar la génesis histórica de esa experiencia, finaliza siempre de la misma manera: si esta experiencia se ha construido así a través de diversas prácticas humanas (institucionales, discursivas, sexuales, de subjetivación...), puede que mañana esta experiencia sea distinta. Foucault nos advierte que lo que hoy es no siempre ha sido, y, lo que es más importante, no tiene por qué seguir siendo así mañana.

Veamos un ejemplo: en su tesis doctoral, *Historia de la locura* (Foucault, 1997, original de 1961), nos muestra cómo hasta 1656

(fundación del Hospital General de París, que aún no es una institución médica sino un espacio jurídicopolicial) la locura está presente en la vida cotidiana, conviviendo con otras formas de experiencia. Pero al desaparecer la lepra en Europa, los leprosarios, más de veinte mil en la Europa cristiana, se transforman en centros de internamiento donde recluir indiscriminadamente a todo aquel que no pueda justificar su modo de ganarse la vida. 1794 (Pinel funda el primer hospital psiquiátrico) es la fecha elegida para dar paso a la tercera etapa de su viaje: la reforma psiquiátrica desarrollada por Pinel en Francia y Tuke en Inglaterra. Los internados son sustituidos por los hospitales psiquiátricos (el psiquiatra sustituye a jueces, policías y carceleros), donde la difusa experiencia de la locura se medicaliza, transformándose en «enfermedad mental», con lo que la anormalidad se convierte en patología y el desorden moral en desorden natural.

Foucault no hace historia; Foucault analiza la construcción histórica de diversas experiencias, que no es lo mismo. Foucault no hace historia; Foucault analiza las condiciones históricas de emergencia de un discurso, de un saber, de una experiencia. Eso es, precisamente, la arqueología foucaultiana, siguiente etapa de nuestro viaje.

De la arqueología del saber a la genealogía del poder

Las palabras y las cosas (Foucault, 1997, original de 1966) es una arqueología de las Ciencias Humanas decepcionante. Así como en *Historia de la locura* Foucault explicaba el tránsito de una etapa a otra, aquí no hace lo mismo y se limita a describir tres «epistemes» (tres maneras de pensar la realidad humana) sin explicar el paso de una a otra. El problema es que Foucault, dejándose llevar por cierta embriaguez estructuralista, se olvida del sujeto, lo que le lleva a hacer la arqueología de un saber como si éste fuese independiente de los sujetos que lo generan. En *Historia de*

la locura Foucault atiende al desarrollo de un saber y al ejercicio de un poder, a lo decible (prácticas discursivas) y a lo visible (prácticas no discursivas). Pero en *Las palabras y las cosas* sólo atiende a prácticas discursivas (saber), olvidándose de las no discursivas (poder), fundamentales para entender los cambios y mutaciones en la forma de pensar. En definitiva, Foucault describe pero no explica, al prescindir del poder, por qué el hombre se convierte en objeto de conocimiento. Foucault no volverá a cometer semejante error, y *La arqueología del saber* (Foucault, 1983, original de 1969) es una rectificación a *Las palabras y las cosas* donde la cuestión del poder está ya presente.

En *El orden del discurso* (Foucault, 1987a, original de 1971), el poder se instala ya, definitivamente, en la arqueología; una arqueología que, con la inclusión explícita del poder, será ya genealogía, culminando así Foucault su viaje nietzscheano del saber al poder, de los juegos de lenguaje a los juegos de poder, de la epistemología de las ciencias a la filosofía política. En esta obra, que ya no es epistemológica sino política, Foucault nos habla de los procedimientos para limitar, excluir, organizar, dominar y controlar el discurso, que aparece claramente caracterizado como «práctica discursiva» (Íñiguez, 2003) imbricada en prácticas no discursivas y que se materializa en instituciones, saberes, tecnologías de poder y procesos de subjetivación; práctica discursiva (decir es ya «hacer») que no sólo está sujeta, como todas las prácticas sociales, a relaciones de poder, sino que es, en sí misma, todo un ejercicio de poder (no es que el poder entre en el discurso, es que el discurso es poder). A Foucault no le interesa ni el sentido ni el significado, oculto y profundo, del discurso (fenomenología), sino su uso estratégico (Nietzsche).

La verdad existe, qué duda cabe, pero ni es un tesoro escondido ni una creación mágica y de la nada, sino que es una construcción humana ligada, como toda construcción humana, al poder. Y eso es, siguiendo a Nietzsche, lo que le interesa a Foucault: la «historia política de la verdad», sus condiciones de emergencia; a través de qué luchas, negociaciones, conflictos e intereses crece y se desarrolla. Foucault ni descubre la verdad oculta ni propone su verdad subjetiva, sino que analiza cómo se construyen nuestras verdades. De tal manera que podríamos decir, con Miguel Morey (1983), que Foucault no busca la verdad del pasado, sino el pasado de la verdad. A Foucault le interesan los «juegos de la verdad» propios de las Ciencias Humanas (juegos por los que algo adquiere estatus de verdad, convirtiéndose por ello en verdadero); juegos de verdad que no son ajenos, como nos recuerda Nietzsche, a los juegos de poder. Ahora bien, que los juegos de verdad estén ligados a juegos de poder no implica ni que no exista la verdad ni que los juegos de verdad sean meros juegos de poder. La verdad existe pero es de este mundo; está ligada, por ello, al poder que la produce y a los efectos de poder que induce.

Y el sujeto psicológico que conoce, ese que Foucault borró en *Las palabras y las cosas*, también es de este mundo y también está sujeto a relaciones de poder.

El ejercicio del poder

En *Historia de la locura*, Foucault nos habla de un «poder normalizante» propio del hospital psiquiátrico que, con ayuda de determinados saberes psicológicos, lograría naturalizar la normalidad. El examen psicológico, que individualiza, clasifica y jerarquiza, sería la tecnología propia de una forma de ejercer el poder cuyo objetivo es la construcción de sujetos «normales».

En *Vigilar y castigar* (Foucault, 1998a, original de 1975) nos presenta el «poder disciplinario», poder encargado de abastecer al mercado laboral de trabajadores disciplinados. Se trata de una nueva forma de ejercer el poder propia del capitalismo industrial que sustituye el castigo corporal y la venganza («derecho de vida y muerte» del soberano), por la vigilancia, el control y la disciplina moderna. He aquí una nueva manera de tratar el cuerpo: ya no podemos castigar el cuerpo pues es fuerza de trabajo, lo que hay que hacer es disciplinarlo a través de prácticas disciplinarias directamente ejercidas sobre este cuerpo (control exhaustivo del espacio, el tiempo y la actividad de los sujetos, pero también vigilancia, medición y clasificación). El objetivo de esta forma de ejercer el poder es la construcción de individuos dóciles y sumisos y su culminación será el «estudio de tiempos y movimientos» del Taylorismo.

En *La voluntad de saber* (Foucault, 1998b, original de 1976) nos habla del «biopoder» (poder sobre la vida), que incluye la «biopolítica»: no se puede matar la vida pues es fuerza de trabajo, lo que hay que hacer es gobernarla, pasando de la gestión de territorios al gobierno de poblaciones a través de la higiene, salud pública, alimentación, vivienda, estadística, control de la natalidad, control de la inmigración, eugenesia... El objetivo de la biopolítica foucaultiana, planteado aquí y parcialmente desarrollado en el curso del Colegio de Francia 1976-1977, era hacer una genealogía del racismo, entendido como «guerra de razas» y «racismo de Estado» (el nazismo es, sin duda alguna, el más claro ejemplo de biopolítica).

Un año después, en su curso del Colegio de Francia 1977-1978, Foucault redefine la biopolítica como «gubernamentalidad»: el poder es ahora «gobierno» (acción sobre acciones, acción sobre la acción de otros), yendo más allá de la mera imposición, coacción o coerción y situándose, de lleno, en una perspectiva psicológica: poder como gobierno, conducción y gestión del comportamiento humano; poder como capacidad de conducir conductas, como capacidad para condicionar posibles acciones. El sujeto sujetado y disciplinado de *Vigilar y castigar*, incapaz de resistencia, es ahora un sujeto libre, con capacidad de reacción y de contestación. En una relación de gobierno un sujeto libre trata de condicionar la conducta de otro sujeto que también es libre; si el otro sujeto no es libre, ya no hablaríamos de relación de gobierno sino de relación amo/esclavo. Foucault no critica las relaciones de poder entre sujetos libres, sino aquellas relaciones de donde no es posible ejercer una relación de resistencia; de lo que se trata es de jugar al juego del poder y la resistencia (juego estratégico entre sujetos libres), eliminando, o reduciendo a la mínima expresión, toda forma de esclavitud, toda imposibilidad de resistencia.

Para Foucault, siguiendo a Nietzsche, el poder no es una sustancia sino una actividad que se ejerce estratégica y relacionamente. Las relaciones de poder (objeto de estudio de la Psicología política) forman, para el pensador francés, una «red de relaciones», lo que emparenta a Foucault con el paradigma de la complejidad (Pastor y García-Izquierdo, 2007); no olvidemos que complejidad procede de *complexi*, entrelazar, y *complexus*, red. Pero más allá de esta perspectiva reticular y compleja lo que quisiera destacar de Foucault es su perspectiva positiva del poder. En efecto, el poder también es una tecnología negativa que reprime y castiga (perspectivas hobbesiana, jurídico liberal y freudomarxista); pero lo que hace al poder poderoso es que creemos que el poder es sólo eso. Foucault nos dice que el poder es, sobre todo, una tecnología positiva que produce cosas: arquitecturas, instituciones, dis-

cursos, saberes, verdad, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, leyes, reglamentos, hábitos, almas, conciencias, individuos, identidad, subjetividad, formas de socializarse, formas de relacionarse, formas de ser, pensar y vivir. El poder también produce locos, enfermos, soldados, delincuentes, presos, normales, escolares, recursos humanos... El poder es una tecnología positiva que construye realidades. El poder construye saber, placer... y nos construye a nosotros mismos. El poder también es la grosera represión de la anormalidad; pero el poder es, sobre todo, la sutil construcción de la normalidad. El poder no sólo reprime formas de vida inadecuadas, sino que también está construyendo formas de vida adecuadas. El poder también es lo que nos impide ser o hacer lo que queremos; pero el poder es, sobre todo, esa tecnología que nos hace ser como somos y, lo que es más importante aún, desear ser de esa manera y no de otra. El poder, en definitiva, es lo que nos hace ser, pensar y vivir como somos, pensamos y vivimos. No es extraño que la siguiente etapa de nuestro viaje sea la subjetividad.

Foucault, en definitiva, se sitúa dentro de una perspectiva nietzscheana del poder (poder como relación estratégica, poder constructivo y no meramente represivo, poder productor de individuos y subjetividades) que no había sido justamente valorada ni por el liberalismo ni por el marxismo ni por la escuela crítica de Francfort, inaugurando una forma inédita de análisis del poder (Deleuze, 1987), hasta entonces visto como un soberano (perspectiva hobbesiana), como una ley (perspectiva jurídico-liberal) o como un aparato del Estado (marxismo).

Una genealogía del sujeto psicológico

En *Historia de la locura* Foucault analiza la construcción del sujeto psicológico a través de saberes sobre el hombre (Psicología y Psiquiatría), ejercicios de poder (institucional y normalizador) y tecnologías de subjetivación (examen, confesión y culpabilización moral). En *Las palabras y las cosas*, al criticar el sujeto trascendental y transhistórico, Foucault borra, en un arrebato estructuralista, toda posibilidad de sujeto (tras la muerte de Dios proclamada por Nietzsche, Foucault anuncia la muerte del hombre y del sujeto). En *Vigilar y castigar* vuelve a retomar su interés por el sujeto (la persona que se encuentra sujeta), planteando una genealogía del individuo moderno producto del liberalismo económico, es decir, del capitalismo: sujeto individualizado y sometido, dócil y sumiso, tan inocuo e inofensivo políticamente como rentable y productivo económicamente para una nueva forma de producción industrial capitalista que, al menos por entonces, necesitaba gran cantidad de mano de obra. Weber (2003) supo ver que el capitalismo necesita capitalistas (*ethos* puritano y calvinista como condición de posibilidad de formas de vida burguesas y capitalistas); pero el capitalismo necesita, también, trabajadores, obreros, productores. Por eso el tránsito del castigo a la vigilancia.

En *La voluntad de saber* Foucault plantea un estudio genealógico de la experiencia moderna de la sexualidad (entendida desde una perspectiva cultural e identitaria, cruce de caminos entre sus tres grandes obsesiones: el saber, el poder y la subjetividad). El objetivo declarado es estudiar el tránsito de la experiencia cristiana de la carne a la experiencia moderna de la sexualidad, a través de un cambio en el sacramento de la confesión, en tiempo de las Reformas católica y protestante, que priorizará el examen de conciencia y la verbalización de los pecados frente a la penitencia. De tal manera que los actos ejecutados (los pecados cometidos) quedan desplazados por la declaración verbal, previo examen intros-

pectivo de uno mismo, de los deseos pecaminosos, casi siempre relativos a la concupiscencia, de las personas que se confiesan, casi siempre mujeres. Pero las cosas no acaban aquí, sino que a través de la conversación con el confesor, que actúa como guía espiritual, podemos llegar a descifrar, a través de pequeños gestos como los sueños, inclinaciones ocultas a la introspección individual. En definitiva, decir la verdad sobre uno mismo construye nuestra conciencia, nuestra identidad y nuestra subjetividad. Parece obvio qué persigue Foucault con su nuevo proyecto de investigación: una genealogía del psicoanálisis, que surge de una reelaboración del discurso teológico-moral de la confesión y la guía espiritual, mostrando, como diría el propio autor, batas blancas sustituyendo a las sotanas negras. Y es que del confesionario al diván hay muchos siglos de distancia pero un corto trayecto, pues el psicoanálisis se desarrolla sobre viejas formas de saber-poder como la «indagación» de la verdad oculta a través de una detallada «verbalización» que el terapeuta «interpreta» en términos patológicos y no morales como el sacerdote. Este proyecto, genealogía del psicoanálisis, es un proyecto inspirado, de nuevo, en Nietzsche: el sacerdote cristiano, como pastor y maestro moral, nos induce a una permanente observación, vigilancia e interpretación de nuestro yo interior con el objeto de sacar a la luz los secretos ocultos de la conciencia.

En su definitiva «historia de la sexualidad», el interés de Foucault se traslada a la subjetividad. Ya no le interesa hacer una genealogía del psicoanálisis, de la sexualidad o del deseo sexual, sino hacer una genealogía del sujeto; ya no le interesa cómo se gobierna a locos y criminales, sino cómo nos gobernamos a nosotros mismos, a través de qué prácticas y relaciones. Foucault nos sorprende decantándose por un análisis genealógico de los procesos de subjetivación y «tecnologías del yo» (formas de relacionarse con uno mismo) a través de los cuales se construye la subjetividad moderna, pasando definitivamente del ejercicio del poder sobre los otros al ejercicio del poder sobre nosotros mismos, pasando de dispositivos o estrategias generales de dominación (panóptico, dispositivo) a micro-tecnologías de subjetivación. Pero esta vez debe ir más atrás en el tiempo, hasta la Grecia clásica, para rastrear los orígenes, siguiendo la *Genealogía de la moral* de Nietzsche (1972), del sacerdocio y del ascetismo cristiano, responsables, según el filósofo alemán, de la producción de individuos condenados a decir la verdad sobre sí mismos. Foucault, sin embargo, nunca deja de estudiar el presente, pues si estudia al sujeto griego es para comprender el proceso de construcción del individuo moderno (la exigencia de autocontrol griega como condición de posibilidad de un *ethos* trabajador y puritano que preparó la aparición de subjetividades capitalistas). Y es que sólo comprendiendo cómo hemos llegado a ser lo que somos podremos no sólo comprender realmente cómo somos, sino, además, llegar a ser otros distintos.

En *El uso de los placeres* (Foucault, 1998c, original de 1984) analiza la ética clásica (s. IV antes de Cristo), basada en la aphrodisia o búsqueda del placer en la vida; una vida que se vivía, en vez de problematizarse como se hará posteriormente. De lo que se trataba era de conocerse a uno mismo en el buen uso (medida) de los placeres, esto es, en el gobierno de éstos. Los placeres no están prohibidos, como lo estarán con el cristianismo, pues forman parte de la vida; de lo que se trata es de dominar los placeres (moderación) y no dejar que éstos te dominen a ti. Traducido a términos delficos: *todo en su justa medida; nada en exceso*. En *La pre-ocupación por uno mismo* (Foucault, 1987b, original de 1984)

avanza hasta los siglos I y II después de Cristo para analizar la ética grecorromana sobre la que se asentará la moral cristiana, una ética basada en la severidad y austeridad en el uso de los placeres. Del gobierno de los placeres (medida, moderación) se pasa al autotranscendencia y al autodomínio de uno mismo para vencer, en vez de vivir, esos placeres, lo que condiciona un sujeto que ya no es el mismo sujeto de la época anterior (época clásica). Así, del «*conócete a ti mismo*» delfico se pasa al estoico «*preocúpate por ti mismo*»; aunque, evidentemente, aún no estamos en el «*renuncia a ti mismo*» cristiano, tan alejado del nietzscheano «*quíerete a ti mismo*» o del foucaultiano «*invéntate a ti mismo*».

Las confesiones de la carne, que aún permanece inédito, es un análisis, anticipado en sus cursos del Colegio de Francia, del poder pastoral en el cristianismo primitivo; un poder individualizante dirigido a la construcción de individuos obedientes, los únicos que serán salvados. Este poder pastoral se trata, en realidad, de un caso particular de gobierno o gubernamentalidad (gobierno sobre uno mismo) donde el sujeto, al actuar sobre sí mismo (sobre su cuerpo, sus pensamientos, deseos, conductas...), acaba construyendo un tipo particular de subjetividad a través de unas tecnologías del yo que hereda del pensamiento estoico: del examen de conciencia (evaluación de nuestra conducta en relación a nuestro proyecto ético) surgirá la confesión cristiana (práctica monástica que busca descubrir los pensamientos y deseos impuros y pecaminosos a través de la verbalización de éstos) y de la dirección de conciencia (consejos en caso de dolor o dificultad) la guía espiritual (pastor que nos conduce a la salvación individual). Ahora bien, mientras los estoicos centran su análisis en las cosas hechas (lo hecho y lo que se debería haber hecho), el cristianismo se centrará, por el contrario, en los pensamientos y deseos ocultos que es preciso verbalizar. Estas tecnologías del yo (tecnologías de saber-poder-subjetivación) acabarán formando nuestra conciencia, nuestra subjetividad, nuestra interioridad psicológica y nuestra individualidad, y serán redefinidas por los psicólogos como «tecnologías psi» encaminadas ya no a la salvación, sino a tópicos como la salud o el bienestar psicológico.

La muerte de Foucault dejó inconclusa esta genealogía del sujeto psicológico. Y es una pena, pues la subjetividad moderna y el individuo moderno no se van a construir sólo en la corte (Norbert Elias, 1987), sino también en las iglesias (Vázquez, 2000).

Un Kant postmoderno

Dejando a un lado su etapa filoestructuralista, podemos decir que Foucault es un «Kant postmoderno» (Pastor y Ovejero, 2007) que desuniversaliza, volviéndolo histórico, el «a priori de la expe-

riencia posible» (Ibáñez, 2005). Foucault analiza la génesis histórica de nuestras experiencias modernas (constituidas a partir de tres ejes: el saber, el poder y la subjetividad), recordándonos la contingencia, relatividad y transitoriedad de esas experiencias. Foucault relativiza nuestra realidad humana inscribiéndola en la historia, al igual que Durkheim, Simmel, Marx o Weber. Foucault problematiza el presente a través de un análisis del pasado que lo sostiene, pensando en un nuevo futuro. Porque lo que hoy es no siempre ha sido y, lo que es aún más importante, no tiene por qué seguir siendo así mañana. Si las cosas son como son porque así las hemos construido históricamente, podemos reconstruirlas de una manera distinta. Ésta será, desde nuestro punto de vista, la gran obsesión de Foucault, una obsesión alimentada por una decidida voluntad de libertad: pensar si es posible ser, pensar y vivir de otro modo distinto a como somos, pensamos y vivimos hoy. Y no por deporte o entretenimiento, sino para ampliar nuestros grados de libertad.

Conclusiones: relevancia de Foucault para la Psicología

Michel Foucault va a dirigir su genealogía (método de análisis histórico del pasado que busca comprender, para cambiar, nuestro presente) a los cambios históricos de nuestras experiencias humanas, cambios vinculados al ejercicio del poder y que cristalizan en nuevos saberes científicos. Para ello, va redefiniendo el poder hasta acabar caracterizándolo en términos psicológicos: una relación donde un sujeto trata de condicionar la conducta de otro sujeto. Por el camino nos deja valiosos elementos para una genealogía de disciplinas psicológicas como la psicología clínica (*Historia de la locura*), la criminología (*Vigilar y castigar*), la sexología y el psicoanálisis (*La voluntad de saber*). Michel Foucault nos dejó un análisis histórico de la Modernidad, de los saberes que lo legitiman y de los sujetos que lo sostienen. Y se detuvo, especialmente, en la contribución de la Psicología como un saber-poder (normalizador, disciplinario, pastoral...) que contribuye tanto al gobierno de la vida y las poblaciones (biopolítica) como a la construcción de sujetos que han interiorizado, incluso psicologizado, valores propios de nuestra Modernidad (la vigilancia, la disciplina, un tipo de subjetividad...). Michel Foucault, en definitiva, analiza los procesos históricos, las prácticas sociales y las tecnologías del yo («tecnologías psi») que acaban por construir el sujeto psicológico moderno que hizo posible la aparición de la Psicología científica que hoy desarrollamos. Aunque sólo sea por esto ya merece la pena acordarse de un psicólogo, filósofo e intelectual que, no obstante, solía decir sobre sí mismo: «*No soy un escritor, ni un filósofo, ni tampoco una gran figura de la vida intelectual: soy un profesor*» (Foucault, 1991, p. 141).

Referencias

- Deleuze, G. (1987). *Foucault*. Barcelona: Paidós.
- Elias, N. (1987). *El proceso de civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1983). *La arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI (orig. 1969).
- Foucault, M. (1987a). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets (orig. 1971).
- Foucault, M. (1987b). *La preocupación por uno mismo*. Madrid: Siglo XXI (orig. 1984).
- Foucault, M. (1991). *Tecnologías del yo y textos afines*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1997). *Historia de la locura en la época clásica*. México: Fondo de Cultura Económica (orig. 1961).
- Foucault, M. (1997). *Las palabras y las cosas*. Madrid: Siglo XXI (orig. 1966).
- Foucault, M. (1998a). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI (orig. 1975).
- Foucault, M. (1998b). *La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI (orig. 1976).
- Foucault, M. (1998c). *El uso de los placeres*. Madrid: Siglo XXI (orig. 1984).
- Ibáñez, T. (2005). *Contra la dominación*. Barcelona: Gedisa.
- Íñiguez, L. (2003). El lenguaje de las ciencias sociales: fundamentos, conceptos y modelos. En L. Íñiguez (ed.): *Análisis del discurso. Manual para las ciencias sociales*. Barcelona: U.O.C.

- Morey, M. (1983). *Lectura de Foucault*. Madrid: Taurus.
- Nietzsche, F. (1972). *La Genealogía de la moral*. Madrid: Alianza.
- Pastor, J., y García-Izquierdo, A.L. (2007). Complejidad y psicología social de las organizaciones. *Psicothema*, 19(2), 212-217.
- Pastor, J., y Ovejero, A. (2007). *Michel Foucault. Caja de herramientas contra la dominación*. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- Vázquez, F. (2000). La construcción del sujeto deseante. Confesión y técnicas de subjetividad. En P. López y J. Muñoz (Eds.): *La impaciencia de la libertad. Michel Foucault y lo político*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Weber, M. (2003). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Península.